

# El Mensajero

Diario democrático federalista.

Se publica todos los días excepto los siguientes á festivos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Centro Federalista, San Gregorio, núm. 1, principal.

Viernes 22 de Abril de 1887.

AÑO V.

Núm. 828.

Villanueva, un mes. . . . . 1'00 pesetas  
Resto de España. . . . . 1'25 "  
Números sueltos. . . . . 0'50 "  
Anuncios y comunidos, precios convencionales.  
(No se devuelven los originales.)

## Días de amargura.

I

Con las palabras que á continuación refiero á mis lectores, este episodio lo he oído de boca de la encantadora rubia que ha de unir su suerte á la mía en el indisoluble lazo del matrimonio.

— Antes de ir al destierro, como tú sabes, nuestra posición era de lo más brillante; mi padre, gracias á su laboriosidad, había sabido conquistarse, además de un buen bufete de abogado, un gran número de productivos negocios, gracias á lo cual vivíamos mejor que reyes, pues la tranquilidad que á ellos les faltaba á nosotros nos sobraba.

Como mi padre es español, *se metió en política*, llegando á granjearse las simpatías de los jefes y correligionarios por su honradez y buen tacto y no tardando en obtener, en premio de su brillante campaña de oposición, el destierro á que todos le acompañamos; yo no tenía cinco años, mi hermano mayor doce y el menor tres meses.

Corrimos toda la Francia; con mi padre se cometían las mayores arbitrariedades, tratándole como á un verdadero bandido. Los negocios abandonados en Madrid á otras personas, fueron dando fatales resultados; el bufete ya no existía; al segundo año de emigración apenas mandaban dinero de España.

Nos trasladamos á París, donde mi activo padre fundó no sé qué almacenes cuyo resultado fué dar al traste con los restos de la fortuna tan menguada ya.

II

Todos estos golpes, léjos de desfallecer á mi padre, le daban más valor y seguía cada día con más empeño defendiendo sus ideales políticos.

Nuestro almuerzo era un plato de patatas guisadas, nuestra comida un plato de cocido.

En el suelo ni una estera.

En la chimenea ni un carbon.

El termómetro marcaba 10° bajo 0.

El invierno de 1879 se presentaba crudísimo;

no se conocía otro tan frío desde hacía cincuenta años.

Las calles cubiertas de nieve.

El termómetro bajando y bajando al propio tiempo que nuestra situación empeoraba.

Llegó el 17 de Enero:

Mi madre en la cama...

Mi casa helada...

Mis hermanos con hambre...

Mi padre llorando de amargura...

Yo á los pies de la cama en que casi muerta yacía la que más quiero en el mundo. . . . .

Ni medicinas para mi madre...

Ni carbón para mi casa...

Ni pan para mis hermanos...

Ni consuelo para mí, que no tardaría en acompañar á la que me había dado el sér!

¡Todo era desconsuelo, todo miseria!.. (Yo lloraba al oír la descripción tan aterradora escena).

Aquel día pasó; al siguiente mi hermano mayor, reuniendo todas sus fuerzas y acompañado de la antigua criada que teníamos y que por cierto no cobraba hácia seis meses, ganó un Napoleón (19 reales) llevando en un carrillo, por medio de las calles resbaladizas y cubiertas de blanco de París, el cok que por no exponer su ganado no llevaba la compañía á domicilio.

Ese Napoleón, que valió la cama á mi nunca bien ponderado hermano, valió el pan de mis hermanillos que lloraban y gemían aumentando nuestro dolor; á mí la desgracia me había hecho vieja; cualquiera me hubiera tomado por una mujer; tenía unos nueve años.

Al día siguiente, 19, nuestra situación se agravó con la enfermedad de mi hermano y con un incidente acaecido á la fiel criada, que había querido repetir la ganancia del día anterior sin la ayuda de mi hermano, haciéndose una herida en el muslo derecho de resultas de una caída.

III

En esta situación llegó un amigo de mi casa que por ser médico nos trajo gran consuelo.

Mi hermano no corría peligro.

Mi madre estaba herida de muerte.

La criada de bastante gravedad.

Al salir el buen doctor, me dijo dejando entre mis manos un billete de mil francos; toma para que te compre papá una muñeca. Yo no sabía lo que me daba y gozosa de poder tener una muñeca, se lo entregué á mi padre.

Al siguiente día quiso devolverle el billete y solo aceptar un pico para lo más preciso; el doctor no quería; en esta lucha dos cartas; una certificada.

Le abrió el certificado; contenía un *cheque* de 40.000 francos, producto de la liquidación de los negocios.

La otra, de un alto personaje español, rogando á mi padre una vez más que aceptase sus principios abandonando una vida tan triste y acogiéndose á sus mercedes.

Excusado decirte que, ni aceptó otros principios, ni se acogió á merced alguna, ni renunció á sus ideas.

Con los 40.000 francos nos trasladamos á Sud-América, de donde sabes vengo de temporada con mi madre, que, gracias á los cuidados del buen amigo que fué nuestra primera providencia, se salvó á los tres meses de enfermedad.

Mi padre, como no ignoras, es hoy millonario y tiene la hija más feliz del mundo, pues se vé amada de un hombre capaz de imitar su ejemplo.

De su voluntario destierro no volverá hasta que el partido republicano haga la felicidad de la patria.

IV

Después de oír esto, no pude menos de exclamar: — ¡bendita sea la idea capaz de crear hombres de tanta abnegación; bendita la idea tan desinteresada como honrada que hace hombres de tanto valor!

Hoy comprendo lo que vale mi tormento... lo que vale mi amor... porque digo: á tal idea tal hombre, á tal padre, tal hija.

FARIACCOS.

## ECOS

Leemos:

"Parece que el gobernador de Madrid empieza